



La magia de las Edelweiss

Cristina Leonarte Ana Leonarte

La magia de las Edelweiss

Texto: Cristina Leonarte

Ilustraciones: Ana Leonarte



*Consejo de
Protección de
la Naturaleza
de Aragón*

A nuestra familia y amigos, que tanto nos apoyan día a día y sin quienes nada sería posible. Gracias por ser el pilar que sostiene nuestro mundo, esto tiene también un trocito de todos y cada uno de vosotros. Y por supuesto al pirineo, que tanto nos ha dado y nos ha inspirado.

© Del texto: Cristina Leonarte

© De las ilustraciones: Ana Leonarte

Edita: Consejo de Protección de la Naturaleza de Aragón

Edificio Maristas

Plaza San Pedro Nolasco, nº 7, 3ª planta

50071 Zaragoza

Teléfono 976 71 32 43

cpn@aragon.es

ISBN:

Depósito legal: Z 1813-2017

Diseño y maquetación: Publicomp

Imprime: Huella digital.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin permiso previo del editor.

Tom era uno de esos niños que todo el mundo detestaba, que nadie quería tener en su vida.

Él vivía en una pequeña casa en mitad del bosque, a unos cuantos kilómetros del pueblo, alejado de cualquier muestra de civilización, lo que no le importaba demasiado, pues ninguna de esas personas querría, ni en sueños, ser su amigo.

Era un niño que tenía todo aquello que quisiera tener, todo lo que pidiera lo tendría en sus manos pasadas un par de horas. A lo largo de su vida había tenido cientos de animales, de todo tipo, color y raza, posiblemente estos fueran los únicos que querían permanecer a su lado. Tenía todos los juguetes que un niño pudiera desear y se alimentaba de los dulces más deliciosos del planeta.

Durante mucho tiempo, todo esto había sido suficiente para él, pero conforme iban pasando los años, cada vez se sentía más solo. Le encantaba jugar, pero no tenía nadie con quien hacerlo, ni siquiera sus padres, que pasaban la mayor parte del tiempo trabajando fuera de casa.



Tom cada día se sentía más solo, y cada hora que pasaba empezaba a estar más triste. Él nunca había necesitado a nadie en su vida, y había apartado de ella a todos aquellos que se le acercaban. Entonces pensaba que con todo lo que tenía era suficiente, y ahora que necesitaba con quien compartirlo, nadie quería acercarse a él.

Un día decidió salir de casa e ir a dar una vuelta por la montaña, lo que no había hecho desde que llegó allí, nunca lo había necesitado. Cansado de caminar se sentó en una piedra al borde del río, y por un segundo, cerró los ojos para oír el ruido del agua al chocar contra las piedras, y entonces, por primera vez en su vida, empezó a llorar.



Cuando al momento abrió los ojos, vio frente a él a un hombre con un largo vestido azul, y un sombrero en la cabeza. No dudó ni un segundo. Era un mago.

Al principio sintió miedo, mucho miedo, ninguno de los dos hablaba, solo se miraban. El mago entonces se acercó a Tom y se sentó frente a él.

–¿Quién eres y por qué estás aquí? –Susurró Tom. Apenas le salió la voz, cualquier otro no hubiera podido oír ni la mitad del mensaje, pero el mago no necesitaba escucharlo, sabía lo que quería decir en cada momento.

–Soy Crispín, y vengo a ayudarte –Respondió con grave voz el mago.– Sé lo que necesitas, y vengo a regalártelo.

Tom sonrió ilusionado. –¡Dámelo!– Gritó.

Él sabía a lo que se refería el mago, lo único que quería era un amigo.

–En lo alto de una montaña, llamada “Punta es Litás”, encontrarás una flor blanca como la nieve, y suave como el algodón, tiene forma de estrella, y la llaman Edelweiss. Esta flor es considerada una flor mágica, y es tan difícil de encontrar, que dicen que quien consiga tener una en sus manos, le concederá lo que más desee. Si consigues encontrar tan solo una de estas flores, tu mayor sueño se hará realidad.



Tom asombrado no dudó ni un segundo en correr a casa, coger una mochila, llenarla con todo lo que pudiera necesitar, ponerse una pequeña gorra, dejar una nota a sus padres, escribiendo a dónde iba y porqué, y encaminarse hacia el refugio del Ibón de Plan, donde empezaría la aventura, que aunque el aún no lo supiera, cambiaría su vida.

A las pocas horas, Tom ya estaba cansado, necesitaba un lugar donde poder dormir, pero no tenía su cama, y nunca había dormido en ningún sitio que no fuera ésta. Entonces volvió a llorar. Tenía frío y sueño, estaba empezando a anochecer, y estaba asustado. Se sentó en el suelo y, al levantar la cabeza, sintió como dos pequeños conejitos, lamían sus pies. Al mirarlos, estos no se asustaron, si no que, al contrario, se acercaron dándole calor.

–¿Qué haces solo a estas horas de la noche? –Le preguntó divertido uno de ellos, mientras roía un trozo de queso que había robado de su mochila.

Tom les contó todo lo que había pasado aquella tarde y, entonces, los dos conejos echaron a correr montaña arriba. Tom se entristeció pensando que sus dos nuevos amiguitos le habían abandonado. Como todos al fin y al cabo. Pero estos volvieron saltando dos minutos después junto con otros muchos y, sujetando entre todos, con su pequeña boca, una fina manta que pusieron encima de Tom. Se acostaron a su alrededor, y así Tom pasó sin frío la primera noche de su viaje.



Cuando despertó, el sol alumbraba todo el descampado. Entonces vio todo de una manera muy diferente, y le dio la fuerza que necesitaba para seguir andando en busca de aquella flor que le había dicho el mago.

Al ponerse en camino, vio como los dos conejitos seguían sus pasos. No le molestó, le gustaba su compañía. Sacó de la mochila dos pequeños trozos de manzana y se los ofreció en forma de agradecimiento. Esta era la primera vez que le regalaba algo a alguien.

Los tres siguieron su camino. Así pasaron unos cuantos días sin rastro alguno de aquella extraña flor. Un día, mientras caminaban, oyeron un grito agudo que pedía auxilio. Se estaba haciendo de noche y debían darse prisa para buscar un lugar seguro donde poder dormir. Tom, como muestra de su egoísmo, siguió caminando a pesar de lo que había escuchado. Cuando al girarse vio como sus dos compañeros de viaje habían dejado de caminar, entonces, sin demasiado entusiasmo, dio la vuelta en busca del lugar donde provenía el grito. Detrás de unos arbustos, vio un pequeño pajarillo en mitad del río a punto de sumergirse en él. ¡Se iba a ahogar! Sus dos compañeros gritaban asustados que ellos no sabían nadar. Entonces, sin dudarlo ni un momento, Tom saltó al agua empapando las únicas ropas que tenía, a punto de llegar la noche, y por lo tanto, el frío. No sabía ni la razón por la cual lo había hecho, pero por primera vez en su vida, no se preocupó por sí mismo y saltó en busca de la salvación del pequeño animal. Pronto le cogió con sus manos, y le sacó del agua.



En el mismo momento en el que aquel pajarillo recuperó el aliento, echó a volar. Enseguida volvió con el pico repleto de pequeños alimentos para poder cenar, pues las provisiones que Tom había cogido, hacía días que se habían acabado.

Todos juntos siguieron caminando. Pasaron los días, y conforme estos pasaban, otros animales se iban uniendo a la excursión. Entre ellos un sarrío que se había perdido entre las montañas y al que el grupo invitó a quedarse; y una pareja de ardillas que les habían ayudado a conseguir comida de lo alto de unos grandes chopos. Caminaron por los rincones más bellos. Por mitad de bosques con enormes abetos que parecían mágicos; por enmedio de enormes montañas salpicadas por la nieve o la vegetación; pisando todo tipo de flores y setas, y rodeados de montones de minúsculos insectos y pequeños animales.

Tom cada día estaba más cansado, apenas tenía fuerzas, la comida estaba a punto de acabarse y llevaban unas horas sin una sola gota de agua. El pequeño echó a llorar. Sentía que no podía seguir andando y empezó a plantearse que aquella flor que tanto buscaba ni siquiera existiera.



Entonces el sarrío acercó su hocico y, cuidadosamente, le cogió hasta subirle encima de su lomo. Tom se agarró fuerte a él y, en pocos segundos, calló dormido.

Cuando abrió los ojos, se encontraban en una preciosa ladera. Ya había salido el sol, y ésta estaba repleta de preciosos lirios y florecillas moradas bajo sus pies. La primavera hacía días que había llegado y, por primera vez, Tom pudo observar la belleza de ésta. El sarrío, le acercó a un pequeño río y pudo saciar su sed y llenar la cantimplora para seguir bebiendo el resto del día.

En ese momento, oyeron cerca de ellos los chirriantes gritos de unas marmotas.

–¡Es nuestra ocasión perfecta! Seguro que han empezado a guardar comida para el invierno y no les importa darnos un poco. Me acercaré a hablar con ellas. Tom, quédate aquí, puedes asustarles. –Exclamó uno de los conejos.

Como había supuesto, estos pequeños animales no tuvieron problema, no solo en darles un poco de comida, si no en regalarles suficiente como para terminar su viaje sin problemas. A cambio, prometieron pasar de vuelta y ayudarles a conseguir más comida, en el caso de que no les fuera suficiente para el invierno, aun estando seguros de que estos animales no necesitarían ayuda.

Con los últimos acontecimientos, Tom recuperó todas las fuerzas que había perdido a lo largo del camino. Volvieron a emprender la marcha, esta vez con las fuerzas suficientes para terminar lo que empezaron.



Anduvieron sin parar y subieron mucho, tanto que incluso se encontraron algunos trozos de nieve del pasado invierno. Entre todos se iban ayudando a pasar, uno a uno, sin caer hacía el barranco. En ese momento Tom miró a su alrededor y se dio cuenta de que no habría llegado hasta allí si no fuera por aquellos animales. Que sin ni siquiera pedirlo, le habían ayudado y acompañado y, tenía la certeza, de que lo harían hasta el final. Entonces su cabeza comenzó a recordar momentos de años pasados. Él nunca había hecho por nadie lo que estos animales habían hecho por él ¿Y si hubiera compartido mis juguetes con Lucas en vez de habérmelos quedado para mí solo? ¿Y si hubiera ayudado a Laura aquella vez que se calló al suelo en vez de haberme reído de ella? ¿Y si hubiera sido menos egoísta? ¿Habrían cambiado las cosas? Pensó.

Tom decidió dejar todos esos pensamientos que le entristecían atrás, y siguió andando ¡Cuando encontrara esa flor, todo cambiaría!

Pasaron días y días y no hacían más que caminar sin encontrar nada. Estaban cansados, pero no dejaban de andar ni de luchar, tenían una meta y eso era lo único que les importaba. Eso era cuánto necesitaban, la fuerza que les guiaba.

De pronto, un día, cuando Tom había perdido ya toda esperanza de encontrar aquella flor, el hocico de uno de los animales que le acompañaban le despertó. Al abrir los ojos, se dio cuenta de que estaba rodeado de cientos de las flores más bellas que había visto nunca. Sin poder creérselo, acarició con mucho cuidado una de estas del suelo. La sujeto con ambas manos y la miro con detalle. Era completamente como el mago la había descrito. Su tacto era extraño, nunca había visto una flor así, y su color

y forma le cautivó. Entonces, echó a llorar con todas sus fuerzas, pero esta vez, de emoción. No podía creérselo. Lo que tenía en sus manos, después de tanto andar y tanto sufrir, ¡era una Edelweiss!

Tom cerró los ojos, y deseó con todas sus fuerzas lo que llevaba tanto tiempo ansiando. No pasó nada, no sintió que nada hubiera cambiado, no había magia, no había una luz cegadora, ni unos rayos dorados como él tanto había imaginado.

Al abrir los ojos, lo único que vio fue a todos aquellos animalitos que le habían acompañado en su viaje. Expectantes, con ilusión, con alegría, esperando ansiosos ver como su deseo por fin se había hecho realidad. Entonces se dio cuenta de todo, del truco. La magia no estaba en aquella flor, si no en el camino que había recorrido para conseguirla. El mago no le había mentado, esa flor cumpliría su mayor deseo, pero no era mágica, no podía cambiar las cosas ni cumplir deseos. Pero no, el mago no le había mentado, pues esta flor le había dado aquello que más ansiaba, amigos. Y los tenía justo delante de él. Fue en ese preciso momento cuando comprendió todo. En este viaje había aprendido, que había sido él mismo quien había alejado a las personas de su lado, siendo egoísta, no compartiendo todo lo que tenía, no pensando en los demás. Todos aquellos animales le habían enseñado que lo importante no es cuánto tengas, porque no importa que tengas todo el oro del mundo si no tienes nadie con quien compartirlo. Sus nuevos amigos, le habían ayudado siempre, sin conocerle, sin pedirle nada a cambio. Y le habían ayudado mucho más de lo que ellos podían imaginar. Le habían cambiado, habían conseguido que pensase en los demás, incluso más que en si mismo. Por primera vez en su vida había luchado y había sufrido por conseguir lo que él quería, nadie se lo había regalado.

Todo esto pasó en apenas unos segundos, pero para todos parecía como si hubieran pasado horas. Se miraban, expectantes, nerviosos y, por fin, una de las pequeñas ardillas se atrevió a preguntar lo que todos deseaban saber:

–Dinos Tom, ¿Se ha cumplido tu deseo? –Tom durante unos instantes no dijo ni una sola palabra, tan solo sonrió, a los pocos segundos, contestó alegre.

–Mi deseo se cumplió en el momento en que aquellos conejitos me arrojaron con una manta y se acostaron a mi lado. Mi deseo se había cumplido en el preciso momento en que comenzó esta aventura, pero había sido incapaz de verlo.

Nadie dijo nada, solo reían,. Todo el camino había valido la pena. Estaban en lo alto de un gran pico, se sentían diminutos. Miraran por donde miraran tan solo se veían enormes montañas que parecían estar demasiado lejanas para ser alcanzadas y, bajo sus pies, un enorme manto de hierba cubierto por preciosas flores blancas. Era posiblemente el lugar más increíble que Tom había pisado nunca. Y seguramente días atrás habría sido completamente incapaz de apreciarlo.

Todo había cambiado, su vida había cambiado, y él había cambiado.

–Bueno, deberíamos pensar en volver a andar, ¡sí no recuerdo mal allí abajo tenemos unas amigas a las que prometimos nuestra ayuda! –Exclamó Tom tras respirar con fuerza el aire que allí fluía.

Fin



